

DISCURSO

LEIDO EN LA

UNIVERSIDAD LITERARIA DE SALAMANCA

PARA LA APERTURA

DEL

CURSO ACADEMICO DE 1880 A 1881

POR EL DOCTOR

DON MARIANO ARES Y SANZ

CATEDRATICO NUMERARIO DE LA ASIGNATURA DE METAFISICA



SALAMANCA

IMP. Y LIT. DE D. SEBASTIÁN CEREZO

ISLA DE LA RUA, NÚMERO 1

1880

128.315
2

$$\frac{128.315}{2}$$

DISCURSO

LEIDO EN LA

UNIVERSIDAD LITERARIA DE SALAMANCA



PARA LA APERTURA

DEL

CURSO ACADÉMICO DE 1880 A 1881

POR EL DOCTOR

DON MARIANO ARES Y SANZ

CATEDRÁTICO NUMERARIO DE LA ASIGNATURA DE METAFÍSICA



SALAMANCA
IMP. Y LIT. DE D. SEBASTIÁN CEREZO
ISLA DE LA RÚA, NÚMERO 1
1880

ÍLMO. SEÑOR!

Si el cumplimiento del deber no me hubiera traído á este sitio, confieso con toda ingenuidad que, en esta ocasión á lo menos, habría rehuído de buen grado el honor de encontrarme en él.

Y no es solamente por el temor que me posee de no corresponder cual debiera á lo que la tradición de este puesto y la ilustración de cuantos me honrais escuchándome os darían derecho á exigir: tal temor, con ser tan fundado que se convierte para mí en seguridad perfecta, no sería bastante por sí sólo para hacerme mirar esta empresa como la más ardua y espinosa de cuantas pudieran ofrecérseme en el ejercicio de mis funciones docentes.

La indulgencia benévola que distingue siempre al saber; la consideración deferente que sugiere el compañerismo; el afecto recíproco y respetuoso de una parte, que se engendra, por dicha, en las aulas de nuestra Escuela entre profesores y alumnos; y la amable suavidad de espíritu, patrimonio de la mujer y realce de la belleza en las damas salmantinas que esmaltan con su presencia esta solemnidad académica, serían circunstancias todas que darían aliento al más tímido, facilitándole en gran modo el desempeñar su misión sin correr inminente riesgo de mortificar su amor propio.

Empero, aun habiendo hecho yo de antemano el sacrificio entero del mío en aras de mis deberes científicos, y aun teniendo en mi favor vuestras mejores disposiciones, todavía es mi posición harto embarazosa y difícil, porque profesando una ciencia que sufre hoy rudos embates en las luchas del pensamiento; haciéndolo con un criterio que—quizá—disuena algún tanto del que es común en nuestra patria y ha predominado en su enseñanza; y siendo además, esta ciencia lo menos favorable que cabe para lucir galas de estilo, de que yo, por otra parte tampoco sabría vestirla, habré de tener en mi contra, al pretender hablaros de ella, la contradicción de sus adversarios declarados, el disentimiento de muchos de sus amigos y el cansancio y fastidio de los que, buscando en este acto una satisfacción á su buen gusto, han de ver, desgraciadamente, defraudadas sus esperanzas.

Y, sin embargo, no me es dado hacer otra cosa: Cuando se pone en tela de juicio la legitimidad de la METAFÍSICA, que es, como todos sabeis, la enseñanza á que me consagro; cuando se la disputa su lugar ó se desnaturaliza su función en el organismo de lo

saberes humanos, sería en mí una deserción dejar indefenso su derecho, á la sombra del cual únicamente es como puedo yo tenerle para ejercer, aunque sin merecimientos ni dotes, su delicado magisterio. Por otra parte, asisteos perfecto derecho á vosotros para exigirme, en ocasión como ésta, la manifestación leal y pública de mis convicciones filosóficas, y ante ambas poderosas razones, que tocan del modo más hondo á mi conciencia de profesor, debía necesariamente prohibirme todò otro tema, siquiera hubiera sido más grato para vuestro sentido artístico, y menos ocasionado á disensos en su consideración intelectual.

Exponer ante la vuestra y demostrar, si á ello me llegan las fuerzas, la *legitimidad y carácter* de la asignatura que profeso, tal habrá de ser el objeto de mi deshilvanado trabajo. No veais en ello ni pretensiones de enseñanza que ofendan vuestra ilustración, ni intentos de proselitismo que lastimen vuestra creencia; miradlo solamente como un inexcusable deber, cumplido á un mismo tiempo en homenaje á vuestro derecho y en satisfacción á mi conciencia.

I

Pasa la *Metafísica* desde hace tiempo por grave y laboriosa crisis.

Relegada por el positivismo primitivo al recuerdo de la historia; considerada como un ensueño poético por el experimentalismo moderno; desnaturalizada en su función y carácter por algunos que la proclaman de nombre; desfigurada en sus medios y circunscrita en su alcance, aun por aquéllos que la enaltecen y ensalzan; y abandonada ó sostenida con tibieza por quienes la reconocieron antes como una aspiración legítima de la inteligencia humana, podría llegar á temerse su definitivo naufragio ante los embates de la experiencia, si su virtualidad misma no hubiera de sacarla á flote en la borrasca que corre.

La situación, sin embargo, del pensamiento experimental en relación á la *Filosofía primera*, ha cedido algún tanto de su tirantez y violencia. Las construcciones ontológicas de aparición más reciente, aun formuladas como lo son á nombre de la experiencia, ó construídas con sus métodos, ofrecen marcadamente un carácter metafísico que aquélla por sí sola no hubiera podido imprimirles; las escuelas positivistas ensanchan sus aspiraciones y reivindican para sí la solución de los problemas metafísicos, queriendo abordarlos con sus métodos; el evolucionismo transformista trata de formarse una como *Metafísica empírica* en sustitu-

ción de la racional y verdadera; y los cultivadores del saber con sentido experimental aspiran á una conciliación con ella, ó no han abandonado su apoyo para dirigirse y orientarse en el campo de la observación.

Habrásede reconocer, por otro lado, para no pecar de parciales, que la Metafísica, á su vez, se ha extralimitado más de una en el uso de su derecho. Acostumbrada por siglos á un imperio no contradicho en el campo del pensamiento, y pretendiendo explicarlo todo con fórmulas *á priori*, ha invadido en ocasiones el terreno de la experiencia, aspirando, no ya tan sólo á conocer lo esencial y á determinar en los hechos el elemento permanente que se envuelve en su producción, sino—y esto era lo abusivo—á precisar los hechos mismos, y á darles torsión y violencia para encajonarlos en sus moldes.

A pesar, sin embargo, de la mayor circunspección de la Metafísica actual y de las disposiciones menos hostiles de la escuela de la experiencia, surgen, entre ambas, todavía graves y empeñadas disputas, sin resolver, sobre las cuales, con entera imparcialidad sin exclusivismos dañosos, quedarían una y otra fuera de su natural carácter y de su peculiar función.

Radica la principal discordancia con las escuelas positivas en si á la inteligencia humana le es dado conocer lo *esencial* por ministerio de la razón, formulando el conocimiento que obtenga en una construcción ideal independiente de la experiencia, ó si, por el contrario, es la experiencia sola la fuente de todo conocer, y ha de circunscribirse éste á la percepción de los fenómenos, y á la determinación de las leyes con que se producen en el tiempo.

Podría notarse ya aquí, que el positivismo novísimo, que proclamaba en un principio la imposibilidad de concebir lo Absoluto, y que se limitó después á consignar su existencia declarándole *incognoscible* y admitiéndole únicamente como objeto de la fe, lo tiene hoy ya por asequible para la inteligencia humana, y discute solamente sobre el procedimiento metódico que ha de emplearse para ello; mas, aparte de esta concesión que la tendencia positiva se ha visto obligada á otorgar á las exigencias del espíritu, no satisfechas lo bastante con el conocer de los fenómenos, aparte de que en toda *ley* ha de entrar, por necesidad, un elemento permanente, y por esto mismo *esencial*, que la experiencia no procura, y aparte, igualmente, de que en las construcciones ontológicas que el experimentalismo formula intervienen conceptos y juicios que no nacen de la experiencia, aun cuando hayan hallado en ella el motivo ocasional para despertarse en el espíritu, basta para hacer luz en la cuestión con que se desvanezca el prejuicio sobre el misterioso sentido que se atribuye al término *esencia*.

Si la *esencia* fuera, en efecto, el *quid* recóndito y abstruso que la imaginación pugna por fingirse sin lograr sensibilizarla, y si la inteligencia humana no contara con otros medios para ponerse en relación con la realidad cognoscible que los sentidos corpóreos y el sentido interior del alma, forzoso sería en tal caso reducir nuestro conocer á las apariencias fenoménicas, y habríase de renunciar, no ya tan sólo á ver lo esencial en ellas, sino hasta á reconocer siquiera elemento alguno constante en su vertiginoso cambiar.

Pero en manera alguna es así. La *esencia* del idealismo, el *noumeno* de Kant, la *cosa en sí* de Schopenhauer, el *Incognoscible* de Spencer, lo *Inconsciente* de Hartmann, como quiera que se denomine lo que bajo el fenómeno se oculta, éste no puede ser, en suma, sino *manifestación* de la esencia, ni otra cosa ésta que lo *manifestable* en aquél. Y como no se da esencia sin forma, ni existencia sin una esencia informada, no hay noumeno sin fenómeno, ni fenómeno sin noumeno, encarnando ambos en la ley que es donde tienen la existencia. Podrá disputar la Metafísica si este fondo esencial y oculto es *substancia innominada* como lo pretende el monismo; *espíritu ó materia* como lo establecen por su turno los respectivos sistemas; las dos cosas á la vez, en contrariedad y oposición como dice el dualismo, ó en composición y unión como afirma el armonismo; podrá ser este fondo esencial, *pensamiento y extensión* con Descartes, *móvada activa* con Leibnitz, *Yo personal* con Fichte, *Yo absoluto* con Schelling, *Ser* con Krause, *Idea* con Hegel, *Voluntad* con Schopenhauer, ó unión de ambas cosas con Hartmann, pero negar que tal fondo exista porque no le perciban los sentidos tocándole con el escalpelo, encontrándole en las retortas, ó divisándole en el microscopio, equivaldría á proclamar el fenómeno como *quid* de la nada, el hecho como engendrado en sí mismo y sin sujeto á quien poder imputarle. Y de otro lado, admitir la existencia de este fondo para declararle incognoscible y fuera de toda intuición de él por la inteligencia humana, sería condenar al espíritu á un excepticismo perpétuo; hacer de la realidad el reino de fantasmagóricas sombras; un sueño calenturiento de la vida, y una duda eterna de la ciencia. No tras el fenómeno transitorio se oculta una esencialidad permanente; ó más bien, el fenómeno pasajero es reflejo cambiante de una esencia inmutable é idéntica, no vedada de todo punto á la inteligencia del hombre: la Razón es la antorcha con que podemos percibirla.

Sin atribuirle, en modo alguno, supersticiosa eficacia ni extralimitarla de su alcance, proclámala la filosofía como fuente cognoscente, contradiciendo en este punto á los partidarios de la experiencia, que reclaman para ésta el privilegio exclusivo de origi-

nar todo saber. Volviendo al sensualismo antiguo, cien veces proclamado ya y otras tantas convencido de impotencia en la historia del pensamiento, preconizan la sensación como el hecho generador de todo desarrollo psíquico, y desnaturalizan y pervertien el carácter de la razón, confundiéndola con el razonamiento y discurso, y suponiéndola engendrada por la evolución progresiva de la percepción sensible.

No hemos de desconocer, por nuestra parte, que este punto de vista exclusivo de la escuela experimental es, en cierto modo, una como reacción y protesta contra el abusivo empleo de la doctrina de las facultades hecho por la psicología abstracta; no desconoceremos tampoco que el principio de la evolución y el progreso pueda tener su aplicación para explicar y esclarecer el desenvolvimiento en el tiempo de las virtualidades del espíritu; pero ni cabe en buena lógica admitir por esto sólo que nuestros conocimientos todos provengan de la percepción sensible, ni que la prioridad en el desarrollo de esta función de la inteligencia implique la absorción en ella de todas las demás funciones.

Ligeras consideraciones sobre la doctrina del conocer bastarán á mostrarlo así.

Resultando el conocimiento de la relación bajo unidad entre la realidad cognoscible y el sujeto cognoscente, dentro de la cognoscibilidad de ambos como su ambiente común, dase, ante todo y como primer resultado, el conocimiento de unidad, producido por la total é indivisa presencia del objeto conocido, ante la también total é indivisa capacidad cognoscente del sujeto conocedor; y bajo este conocimiento primero, prodúcese luego interiormente una variedad ordenada nacida de la que ofrecen los términos que á la relación concurren.

Si, pues, se reconoce una vez que hay algo más que los fenómenos y que la realidad tiene una esencia, cuya relación con aquéllos es determinada por la ley, forzoso es admitir entonces en el espíritu que conoce una variedad de poderes en relación y correspondencia obligadas con lo cognoscible de las cosas; porque tan inútil sería para la producción del conocimiento que éstas fueran inteligibles careciendo de inteligencia el sujeto, como que éste fuera inteligente y aquéllas ininteligibles de suyo. La inteligencia del sujeto y la inteligibilidad de las cosas, son una misma y sola virtud, vista bajo diferente respecto en la relación del conocer; y considerando ésta luego en su variedad interior y determinado contenido, es obligado igualmente que á la cognoscibilidad del objeto en esencia, forma y existencia, ó sea en noumeno, fenómeno y ley respondan en el sujeto cognoscente facultades adecuadas, Razón, Sentido y Entendimiento, que son en la inteligencia el tra-

sunto de aquellos aspectos. Así es el noumeno la racionalidad del objeto y la razón el noumeno intelectual; es el fenómeno la perceptibilidad de las cosas, y es el sentido el fenómeno del que conoce; es la ley la composición en las cosas de la esencia, y del fenómeno, como lo es en la inteligencia de la razón con el sentido. Y lo mismo puede decirse del pensar, en cuanto á la forma del conocer. Sus determinaciones y momentos hasta su compenetración en el método como la función más compleja en que se formula el pensamiento, se corresponden y concuerdan con las determinaciones y momentos de la objetividad pensada hasta su composición más llena. Con razón ha podido decir Hegel que toda cosa es una noción, un juicio y un racionio, pudiendo añadirse también que un método, en el orden del pensamiento; y en el orden del conocimiento, asimismo, cabe afirmar del propio modo que toda cosa es racional, sensible é intelectual, como toda inteligencia es de su lado noumeno, fenómeno y ley.

Podieran, pues, ser asentados los siguientes corolarios:

El orden lógico no es todo el orden ontológico, pero sí un aspecto determinado suyo y no contradictorio con él.

Todo lo inteligible es real y todo lo real inteligible.

La realidad es inteligible como esencia, fenómeno y ley, y la inteligencia, de su lado, es real como razón, sentido y entendimiento.

Todo lo real tiene su fórmula lógica, conocida ó ignorada, y toda fórmula lógica su correspondencia en la realidad.

Perdonadme, señores, estas disquisiciones áridas por el terreno de la lógica; pero nos eran necesarias para poner de manifiesto la contradicción que envolvería el que, teniendo la realidad una esencia, careciera nuestro espíritu de los medios de percibirla.

La razón, hemos dicho, es esta facultad preceptora, pero como las escuelas positivistas emplean también este término, y aun encuentran en la razón una facultad cognoscente, siempre que se la considere como una evolución del sentido, debemos hacernos cargo de esto para desvanecer la confusión y rectificar el error en que el experimentalismo incurre.

No se confundirá, lo primero, el significativo de la palabra *Razón*, en cuanto facultad intelectual, con los sentidos traslaticios que se asignan luego á esta voz, ora cuando se la emplea para designar al espíritu, ora cuando se la usa por las de fundamento y de causa, ó bien cuando se la objetiva, en ocasiones, atribuyéndola una existencia impersonal. Estas segundas acepciones autorizadas por el uso ó motivadas por la deficiencia en las lenguas, se basan todas en el concepto primero que á la razón corresponde como facultad cognoscente, y son derivaciones suyas y traslacio-

nes de su sentido. Ni deben confundirse tampoco, como con frecuencia acontece en las escuelas positivas, la razón y el razonamiento, pues mientras es la razón una facultad intelectual con la que conocemos la esencia, y cuyo conocimiento es el denominado *idea*, es el razonamiento una función del pensar basada sobre la operación del juicio, y que lo mismo puede ser aplicada en el orden del conocer ideal que en el de las percepciones sensibles, ó en el de las nociones abstractas. Así que, la diferente y superior confianza que por el positivismo se atribuye á la percepción directa sobre la sugestión racional, sólo cabe ser aceptada entendiéndose aquella percepción sin diferenciación de naturaleza y origen, y esta sugestión racional como razonamiento ó discurso; pero en manera alguna comprendiendo por tales términos la representación sensible y el conocimiento ideal; porque en semejante respecto, el valor del conocimiento en tales órdenes está precisamente invertido, debiendo el suyo á las ideas las percepciones sensibles, que no son, en suma, otra cosa que meras concreciones de aquéllas. Mas, si lo que se quiere decir es únicamente que el pensar inmediato y directo ofrece más seguridades y garantías de certeza que el mediato y discursivo; indisputable es en este caso la aserción del positivismo en cualquiera de los órdenes que en el conocimiento se dan, y con especialidad mayor en el del conocimiento sensible, pues el razonamiento en este orden ni puede sustituir al hecho, ni la percepción directa de éste, en su determinación actual, cabe que sea destruída por razonamiento ninguno. El hecho, por lo tanto, directamente percibido, alcanza más autoridad que el presumido meramente por razonamiento y discurso.

Salvada esta confusión de sentidos en que el experimentalismo incurre con su indecisión de lenguaje, y viniendo á su otro aserto de ser la razón, en cuanto fuente cognoscente, una evolución del sentido, y la idea, por lo tanto, una mera transformación de la representación sensible, no cabría admitir aquél sin subvertir por entero la relación entre la esencia y el hecho, mirando aquélla como desenvolvimiento de éste, cuando es precisamente el hecho lo que manifiesta y en donde se desenvuelve la esencia. Todo hecho implica necesariamente una posibilidad de hacer; todo estado una propiedad de estar, de la que es aquél determinación; todo fenómeno un noumeno esencial al que sirve de expresión.

Y no acontece de otro modo en la esfera del sujeto y para su aptitud de conocer. La razón, igual que el sentido, halla su fundamento y base en la unidad de la inteligencia de quien son manifestaciones opuestas é igualmente substantivas, y la relación que las liga se invierte completamente según que se las considere bajo el punto de vista *lógico*, ó en el aspecto *cronológico*. Lógica-

mente, no cabe poner en duda la prioridad categórica de la percepción ideal sobre la percepción sensible; porque, representando aquélla la posibilidad esencial y ésta la concreción efectiva, sería absurdo á todas luces admitir como realizado de hecho lo que no fuera de antemano realizable en potencia. Mas por esto mismo de que lo posible-racional es antes lógicamente que lo efectivo-sensible, en el orden cronológico y en el desenvolvimiento progresivo la representación concreta y sensible llega antes á conciencia reflexiva que la percepción ideal-posible representada en la idea. A ser de otro modo, haríase el progreso al revés, yendo de lo más á lo menos y de lo superior á lo inferior; nacería el hombre en la posesión y plenitud de su facultad de idear, é iría descendiendo hasta la percepción vaga y confusa de los objetos sensibles con que comienza la infancia á ejercitar sus sentidos.

La posterioridad, por lo tanto, de la conciencia reflexiva en el orden ideal respecto á la conciencia sensible, no acusa, en manera alguna, la procedencia genética que el positivismo pretende, renovando en este punto la desacreditada doctrina de la sensación transformada. Las facultades intelectuales son integrantes todas ellas de la unidad de la inteligencia, y sin prelación posible en el orden de la existencia. La razón como el sentido, y lo mismo que el entendimiento, se dan indisolublemente unidas y sin anticipación ni retraso en la unidad de nuestra facultad cognoscente; llegan á desarrollo conscio, como la noción del progreso pide, en un orden inverso al de su prioridad lógica, y se ejercen hasta tanto con necesidad instintiva. Así es como, estando todo hombre desde los comienzos de su vida en uso constante y necesario de las ideas de la razón, no llega á su reflexivo empleo sino avanzada ya aquélla, y puede recorrerla toda sin haber ordenado en sistema ni dado carácter científico á sus conocimientos ideales. El principio de la evolución progresiva en que el positivismo se funda, siendo legítimo de suyo y aplicable genuinamente al desarrollo del espíritu en conocer y en pensar, lo es en este punto, como suele hacerlo en general el positivismo, convirtiendo la sucesión en verdadera causalidad, y atribuyendo al tiempo una virtualidad que no tiene, y que no puede dar por consiguiente. *Nemo dat quod non habet*, decía fundadamente la antigua escolástica; y el *hoc post hoc*, no autoriza en buena lógica para deducir el *propter hoc*.

No es, pues, la razón como facultad cognoscente una transformación del sentido—(lo que implicaría además la desaparición de éste una vez que surgiera aquélla, puesto que no es posible que lo que se transforma en *otra cosa* siga siendo todavía la *misma*),—ni puede estimarse la idea como mera forma superior de la percepción sensible, sean los que quieran los procedimientos y me-

dios con que se la elabore y decante. El hecho no puede engendrar más que hechos, como la idea sólo puede ser madre de ideas; y la razón y el sentido, siendo igualmente sustantivos, integran con el entendimiento, el contenido de la inteligencia unitaria, dándose á desarrollo conscio en relación invertida á la de su prioridad categórica.

Obligada la experiencia á admitir una realidad esencial oculta bajo los fenómenos, y proclamándola incognoscible para la razón y la idea, no tiene inconveniente, sin embargo, en dejar esta realidad esencial como objeto de los impulsos del sentimiento, ó como asunto de inspiración para la imaginación poética y de credibilidad para la fe religiosa, si bien negando á los resultados á que por cualquiera de estos medios se llegue á la categoría de científicos.

Nada dice esto, sin embargo, contra la verdadera Metafísica. Dudaríase con justicia del valor de sus lucubraciones si se la constituyera, en efecto, por la mediación de tales fuentes; pero no siendo aquellos medios los que la Metafísica emplea, ó los que debe emplear al menos, carece de base el reparo y es gratuita la consecuencia que se saca.

Descartando, en primer lugar, el sentimiento como ajeno al orden científico y que sólo bajo el conocimiento es como surge en el espíritu, la imaginación, en efecto, no es más que el sentido interno, no puede dar en ningún caso sino representaciones sensibles, que se alejarán tanto más de las del mundo exterior, cuanto con mayor libertad sean combinados los datos que á la exterioridad se tomen; y la Fe religiosa, igualmente, ora sea que se ejercite sobre principios ideales cuya ininteligibilidad racional es proclamada de antemano, ora verse sobre cuestiones de hecho que traspasan la experiencia humana, ninguno de estos dos medios es el natural é indicado para constituir el conocer en condiciones de científico, y mucho menos en su respecto ideal y como conocer de razón.

Si se dijera solamente que la imaginación poética ha entrado por mucha parte en ciertas construcciones metafísicas, ó que la dogmática religiosa se sustituye á estas construcciones, no habría inconveniente alguno en reconocerlo así, puesto que la historia de los sistemas filosóficos como la de las religiones positivas lo atestiguan juntamente. Aun si se dijera que los sistemas filosóficos tienen su transcendencia al arte, como la tienen también las concepciones religiosas, y se afirmara con Schopenhauer que todo sistema metafísico tiene su forma religiosa, y toda concepción religiosa entraña un sistema metafísico, no habría dificultad tampoco en asentir á estos asertos, porque la Metafísica trasciende,

efectivamente, á la religión y al arte, así como éstos, á su vez, anticipándose á ella en su aparición histórica, determinan los lineamientos primeros de las construcciones metafísicas, y las prestan contenido antes de que ellas se le adquieran, por sus medios peculiares y con caracteres reflexivos.

La religión y la poesía son distintas de la Metafísica aunque se relacionen con ella; y si en los sistemas metafísicos que han aparecido en la historia entran elementos poéticos ó sugerencias religiosas, no debe confundirse la Metafísica con sus formulaciones concretas. Como ha dicho Goethe, los sistemas pasan, la filosofía queda, y su perfección y progreso estriban precisamente en constituir su contenido por medios y caminos propios, sustrayéndose á influencias extrañas y procurando implantar la suya en el pensamiento y en la vida.

La aspiración más reciente, por último, que el experimentalismo ha formulado, y á la que parece asentar en parte la escuela de la especulación ideal, es la de constituir la Metafísica y la Filosofía en general, por los procedimientos y métodos apellidados *positivos*, que emplean en su construcción las ciencias experimentales.

Mas, ¿hasta qué punto y razón es asequible este deseo? ¿Podrían ser construidas la Filosofía y Metafísica con los datos de la experiencia y los métodos inductivos? La sola consideración lógica de lo que representan estos medios en la organización del conocer hace contestar en contrario. Los datos experimentales que nos proporcionan los sentidos, ni considerados aisladamente ó acumulados por la tradición y la herencia, y extendidos por la generalización inductiva, ó de cualquier otro modo que elaborárselos pudiera, no salen ni pueden salir de la esfera de los hechos, ni del horizonte de los fenómenos. El reino de los noumenos, y esencias, la región de las Madres del Fausto, quedaría siempre inasequible á los esfuerzos de la experiencia: la razón únicamente es la que puede conducirnos á esta tierra de lo inmutable.

Podrá, de su parte, la experiencia conducir el conocimiento hasta los hechos primeros y últimos *en el orden de nuestra experiencia actual*, pero no la será dado salirse nunca de este orden, ni traspasar los insuperables linderos que representan el nacimiento y la muerte, en el individuo y en la especie, en la tierra y en el Cosmos. El reino de lo incognoscible, ó más bien, la región de lo desconocido absoluto, está en la esfera de los hechos y no en el conocer ideal; pues mientras se estrella la experiencia ante aquellos valladares supremos, la idea racional impera más allá de todo tiempo y espacio, como eterno ejemplar de las cosas y fondo inagotable para su manifestación en los fenómenos.

II

Desembarazado el camino de la especulación ideal de los impedimentos y obstáculos que suelen acumular en él las escuelas positivistas, nos hallamos en aptitud de acercarnos á nuestro asunto, proponiéndonos la cuestión de lo que la Metafísica es en el orden del conocer humano, y las condiciones orgánicas en que debe ser construída; mas para contestar, sin embargo, á una pregunta semejante con visos de fundamento lógico y no por modo autoritario, tenemos que retroceder nuevamente á la unidad del conocer y á su determinación interna en los géneros del conocimiento, para venir por pasos graduales á encontrar la Metafísica dentro del organismo total que el conocimiento constituye.

Otra vez aquí tengo que pedir os dispensa por lo poco ameno del asunto; mas si la legitimidad de la Metafísica ha de quedar asentada sobre sólidos fundamentos y no descansar meramente en amplificaciones oratorias y en motivos de sentimiento, no hay medio de dispensarse de estas excursiones á la Lógica, en la cual tienen que buscar su sanción las construcciones particulares que en el conocer se produzcan.

Colocándonos, por lo tanto, en la unidad de su concepto, como punto de partida para caracterizar el conocimiento en sus direcciones y modos, hallamos que es el conocer, en su noción unitaria y sobre toda distinción entre sujeto y objeto; el *ser* mismo de las cosas en cuanto se dan unas con otras á relación de *distinción en presencia*, conservando cada una la substantividad que la es propia; y en este respecto y sentido es como cabe entender lo que indicábamos antes sobre la cognoscibilidad de lo real y la realidad de lo cognoscible.

Mirado luego el conocer como relación entre dos términos, la concurrencia de los cuales es igualmente necesaria para que la relación se produzca, se nos aparece en el espíritu como facultad ó poder activo para *atestiguar* la presencia de las cosas, y se nos ofrece en estas como capacidad ó aptitud para *ponerse* ante el espíritu, y constituir la relación en que el conocimiento consiste. Implica esta, por lo tanto, *presencia y distinción* de los términos que á la relación se dan, y llena su cualidad y carácter cuando es recibido el objeto conforme á su ser cognoscible, y hace esta recepción el sujeto según su ser cognoscente, y con conocimiento de ello otra vez. Cuando estas condiciones se cumplen decimos del conocimiento entonces que tiene verdad y certeza, objetivas y subjetivas, y que conforma á un mismo tiempo con la ley de la realidad y la ley del pensamiento.

Mas, aunque lo cognoscible todo, y sin que empezca para ello la cualidad de finito ó infinito, se da necesariamente á relación de presencia ante el sujeto que conoce, produciéndose el conocimiento con la propia necesidad, no se signe de aquí que el conocimiento resultante llene siempre adecuadamente su cualidad y carácter. La distracción del sujeto á la presencia del objeto; la mala aplicación y empleo de sus medios cognoscentes ó la falta de ritmo artístico al ejercitarlos en el tiempo; la finitud de estos medios mismos, así como por otro lado, la fecundidad inagotable de lo cognoscible en las cosas, pueden hacer, y hacen efectivamente, que el conocer de cada sujeto no responda todo él á su cualidad conveniente, siendo en parte equivocado y erróneo, además de limitado y carente, ó que, aun siendo verdadero, no lo conozca así el sujeto y no pueda, por consiguiente, estar cierto de su verdad.

Es obligado, por lo tanto, para todo sér que conoce el hallarse constantemente en conocimiento efectivo, y aun el poseer alguno de entera verdad y certeza, pero puede, en su estado histórico, alcanzar grado muy distinto, desde el del conocimiento común desorganizado y fragmentario, aunque con base de partida siempre para rectificarle debidamente, hasta un conocer adecuado que responda plenamente á su cualidad y carácter.

Tal conocer cualificado, visto como una entidad lógica con independencia del sujeto y de su formulación por él, es lo que se denomina *la Ciencia*; mas pretendiendo la experiencia acaparar este nombre para el conocer de su orden, negando la aplicación del mismo al investigar de la razón, habría que designar con otro término, el de *saber*, por ejemplo, la composición unitaria de toda la realidad lógica en un organismo adecuado.

De esta primera concepción procede luego el espíritu á determinar su contenido bajo el punto de vista lógico, según lo cognoscible de las cosas y los medios cognoscentes con que pueden ser percibidas, y atendiendo á este doble aspecto resulta dividido el saber en tantos miembros superiores y determinaciones genéricas cuantos son los medios cognoscentes y los aspectos cognoscibles que se corresponden con ellos. Estos miembros superiores, estas determinaciones totales que dentro del saber se dan, pueden tomar su nombre, ora del elemento objeto, ora del elemento sujeto, ora del conocimiento mismo como el producto de la relación entre ambos, y en cualquier respecto que lo hagan indicarán desde luego la naturaleza y carácter del conocimiento integrante, por la correlación y acuerdo que entre sus elementos existe.

Los nombres de *Filosofía*, *Historia* y *Filosofía de la Historia* eran los hasta aquí designados bajo el término de unidad *Ciencia* para las direcciones primeras que en el conocer todo se dan; mas

haciendo empeño la experiencia en reservarse para sí, como antes hemos indicado, el uso del vocablo *Ciencia*, habría, de accederse á ello, que considerar el de *saber* como término de unidad, empleando el de *Ciencia* como el de oposición á *Filosofía*, y el de *Ciencia filosófica* ó *Filosofía científica* para el de la composición de ambas.

El conocer humano entonces, que llenara su cualidad, quedaría así determinado en estas tres direcciones, ó géneros de saber primeros:

FILOSOFÍA: saber acerca de lo esencial, adquirido por la razón y formulado en ideas.

CIENCIA: saber acerca de los fenómenos, conseguido por la experiencia y formulado en representaciones sensibles.

FILOSOFÍA CIENTÍFICA Ó CIENCIA FILOSÓFICA: saber de la relación entre la esencia y los hechos, ó, lo que es lo mismo, de las leyes, alcanzado por el entendimiento y expresado por las nociones generales.

No habría por qué disputar, repetimos, si la cuestión se limitara sólo á nombres; mas insistiendo aquí también la experiencia en sus pretensiones exclusivas, no admite en la unidad del saber determinaciones sustantivas y congéneres con medios y esfera de acción propios, sino que, reivindicándolas todas para el indagar de aquélla y concretando su alcance á la esfera de los fenómenos y al reconocimiento de las leyes á que se someten éstos, establece una *gradación* solamente que, en sus últimas pretensiones, comprende ya la *Metafísica*, proponiendo se denomine *Metempírica* á todo conocimiento que no venga de la experiencia y pueda ser verificado.

La *Ciencia*, la *Filosofía* y la *Metafísica* vendrían á ser así tres escalones graduales del conocer experimental. Representaría la *Ciencia* el conocer *verificado*; se constituiría la *Filosofía* con la generalización de la ciencia y la determinación de las leyes de los hechos en cada orden de los mismos, é integraría la *Metafísica* una generalización más alta y como de segundo grado, en donde tuvieran su unidad ó se aproximaran á ella los conocimientos científicos.

Todavía, y á salvo la precisión técnica y el sentido usual de las voces, si han de evitarse confusiones, podría sin dificultad reconocerse en el saber de experiencia una determinación gradual en la esfera de los hechos, abarcando éstos, cada vez más anchurosos horizontes hasta llegar á un hecho último que les comprendiera á todos; pero si esto puede admitirse y ver en tal aspiración el *desideratum* de la experiencia, no hay modo de reconocerle como fuente de la *Filosofía* y *Metafísica*, en cuanto representan una y otra direcciones racionales dentro del todo del saber.

Coloca, además, la experiencia la condición principal y cualidad característica del conocimiento *científico* en que éste sea *verificable* ó comprobable con hechos, bien que éstos sean espontáneos ó que se les provoque de intento; mas si nada habría que objetar en cuanto redujera tal carácter á señalar *una diferencia* entre el conocer experimental y el que procede de la razón; no es posible asentir tampoco á la pretensión que en esto se envuelve de negar á la especulación ideal las condiciones de un verdadero saber. No tan sólo puede constituirle, sino que da fundamento y base al saber de la experiencia, en cuanto la esencialidad racional precede lógicamente á la fenomenalidad observable:

Aparte luego de esto, la verificación de los hechos no es bastante por sí sola para dar carácter científico al conocimiento de su orden. La reproducción de los fenómenos, y aun su repetición indefinida y constante; espontánea ó voluntaria, muestran solamente la existencia efectiva de aquéllos, sin constituir para el sujeto que los observa más que materiales de ciencia y no ciencia ya construída, ni saber propiamente tal. Bajo la cuestión general, que la experiencia no resuelve, de la posibilidad del conocer para el hombre con plena verdad y certeza; bajo la apreciación lógica del valor en relación del conocimiento de cada orden; y bajo el examen, según criterio apropiado, de la efectiva realidad del hecho, por la posibilidad racional del mismo y la de su percepción por el sujeto en cada caso y circunstancias; la elaboración de los conocimientos de experiencia para constituirse en científicos, se somete á condiciones especiales en fondo, en forma y en método, sin saber á las que no constituirían ciencia. Así, aun poseyendo un caudal de hechos, cuya existencia efectiva haya sido comprobada por los criterios oportunos, no hay ciencia verdaderamente sino cuando, bajo la determinación de las formas en que se produce todo hecho; se reconocen y establecen las relaciones de *causalidad, condicional y fin*, que median entre los mismos; cuando en su disposición formal se someten á las condiciones sistemáticas de *unidad, variedad y armonía*; y cuando en su investigación metódica se parte desde base firme y se asciende con paso seguro por procedimientos adecuados. A faltar estas condiciones, habría sólo narración ó acumulación de hechos, datos y *contribuciones*; según frase hoy empleada, para constituir ciencia, pero no ciencia construída; ni conocimiento organizado.

La verificación, por lo tanto, es sólo condición interna del saber experimental; y éste, á su vez, es como verificación total del especular de la razón, que no puede, en efecto, pero que no necesita tampoco verificar sus asertos, por lo mismo que no se refieren á hechos. En cuanto á las demás condiciones, la Filosofía más

fácilmente aun que la Ciencia puede llenarlas en su esfera; porque moviéndose con necesidad dialéctica en el campo de lo inmutable no corre, como la experiencia, el peligro de ser engañada por los aspectos cambiantes de la realidad fenoménica, ni por las perturbaciones frecuentes de los sentidos corpóreos que para su observación la sirven.

Reconociendo, en consecuencia, la legitimidad indisputable de la Filosofía y de la Ciencia, como los dos géneros opuestos bajo la unidad del saber; y admitiendo, asimismo, su compenetración en un tercero en el que tienen su armonía, el conocer humano entonces resulta íntegro y completo bajo todos los respectos en que puede ser considerado.

La Filosofía se sirve de la razón como fuente, conoce lo esencial en las cosas, y formula sus resultados en una construcción de ideas que escapan á toda representación sensible. Su reino es el de lo inmutable y eterno; el de los noumenos intangibles.

La Ciencia busca su fuente en el sentido, sea este interno ó externo; conoce sólo las apariencias fenoménicas, y coordina su conjunto en una construcción de hechos que son la manifestación de las ideas. Es el reino de lo movable y cambiante; el campo del suceder continuo.

La Filosofía científica ó la Ciencia filosófica; la *Nomología* propiamente, como debería ser llamada, es la región intermedia en que aquellas otras se encuentran. Es su fuente el entendimiento generalizador y abstracto; aprecia las relaciones recíprocas entre la esencia y el hecho; y ordena sus resultados en un sistema de principios generales que representan las leyes, ó formas permanentes de cambio, bajo las que se producen las mudanzas. Su dominio es la región intermedia entre lo permanente y lo cambiante, entre lo infinito y lo finito, y á ella más que á la historia podría ser aplicada aquella frase de Schopenhauer: *eadem sed aliter*; la misma y siempre otra.

Consideradas en su facultad formadora, toda verdadera Filosofía tiene que ser necesariamente racionalista, como sensualista toda Ciencia, y como intelectualista toda construcción compuesta: vistas en sus resultados lógicos, será toda Filosofía, idealista; representativa toda Ciencia y abstracta toda *Nomología*; y comparadas en su método y camino procederá la Filosofía desde lo uno á lo vario buscando la individuación; arrancará de ésta la Ciencia en busca de la totalización, y operará la *Nomología* sobre totalidades parciales é individualidades genéricas, que son como el lazo de unión entre la individualidad finita y la unidad infinita.

Cuando se valoran en absoluto estas determinaciones genéricas de la unidad del saber, no cabe establecer entre ellas posterior gacio-

nes ni preferencias: todas tienen el mismo rango y son igualmente necesarias para la integración de aquél; todas se exigen mutuamente y se complementan entre sí. La Filosofía aisladamente es vaga idealidad sin colorido y sin relieve; la Ciencia sin Filosofía, es oleaje caótico de apariencias que se atropellan; confuso conjunto de signos sin interpretación y sin sentido. Un hecho, el más insignificante, basta á veces para sugerir al espíritu un principio de razón fecundo en aplicaciones; un principio, á su vez, arroja la luz de la evidencia sobre hechos antes incomprensibles. Consideradas la Filosofía y la Ciencia bajo el punto de vista lógico, aparece aquélla como la primera en orden y superior en categoría; pero vistas en relación cronológica se invierte la respectiva importancia y se vuelve á la igualdad jerárquica para su apreciación en la vida. Con Filosofía y sin Ciencia sería ésta un éxtasis contemplativo y un quietismo adormecedor y enervante; mas con Ciencia y sin Filosofía, sería entonces un vértigo sin ideal y un descompasado movimiento.

Siendo, pues, igualmente necesarias la Filosofía y la Ciencia para la integración del saber y para la dirección de la vida, no cabe establecer entre ellas un antagonismo real que perjudicaría á los progresos de una y otra. El generoso propósito que envuelven estos versos de Schiller:

»Que la discordia, reine entre vosotros, filósofos y sabios; no ha llegado todavía el tiempo de vuestro acuerdo:

· Dividiendo vuestros esfuerzos en la investigación, es como concluireis por encontrar la verdad;

esta frase, decimos, necesita ser rectificada en una parte, sin privarla de su noble intención.

No es la lucha entre la Filosofía y la Ciencia, entre la experiencia y la razón la que debe continuar por más tiempo, prolongando lo que se podría llamar *guerra civil del pensamiento*, sino la de unos sistemas contra otros en Filosofía y en Ciencia. Estas, y su composición en la Filosofía científica; deben pelear reunidas como las *tres armas de un ejército* contra adversarios iguales y armados de las propias armas. Idea contra idea, hecho contra hecho y ley contra ley. Sólo así es como podrá ser fecunda la lucha; porque lo que se parece, como dice Mr. Ribot, á «aquellos torneos de las epopeyas caballerescas en que dos paladines esforzados pugnaban por despedazarse mutuamente y salían ambos del combate sanos y vigorosos», no es la lucha de los sistemas filosóficos ó científicos unos con otros, sino la de aquéllos con éstos y la de éstos con aquéllos. ¡Luchas estériles y disputas inacabables como de quienes blanden armas distintas y hablan idiomas diferentes! En el terreno filosófico la *concurrència vital* ha dado también sus frutos y

practicado su *selección*; y si es el progreso más lento que en el terreno de la ciencia, aunque no van quizá tan distantes como á primera vista parece, es en cambio más hondo y transcendente, y guarda proporción con la virtualidad de la idea.

En lo demás, las circunstancias históricas por las que han atravesado la especulación ideal y el indagar de la experiencia explican suficientemente su temporal enemiga, y aun cuando haya en ambos campos todavía quienes continúen mirándose con desconfianza recíproca, déjase también sentir ya en ellos el deseo de una concordia duradera, como es de necesidad que exista entre fuerzas concurrentes hacia un mismo y solo objetivo: la investigación de la verdad y su posesión con certeza.

III

Reivindicada en su derecho la especulación filosófica como una de las formas intelectuales que puede revestir el saber, y hecha justicia al mismo tiempo á la investigación científica como forma igualmente legítima para la integración de aquél, podemos ya venir á determinar con precisión la naturaleza y carácter del conocer metafísico, así como también á señalar el *objeto* á que tal conocer se refiere, y por la determinación del cual se constituye la Metafísica en una individualidad dentro de la Filosofía.

Y aplicando á este género lógico las condiciones de forma *unidad, variedad, armonía*, en que todo saber se organiza, hallamos lo primero que es la Filosofía *una*, y Filosofía en unidad, antes de determinarse interiormente en la variedad de direcciones correspondientes á la variedad de objetos, que, para su conocimiento, pueda ofrecer la realidad.

La Metafísica es esta Filosofía unitaria, ó unidad del saber filosófico en su consideración lógica; y como tal consideración precede necesariamente en su información cronológica á toda determinación particular dentro de la Filosofía misma, resulta así la Metafísica como la *Filosofía primera* según la denominaba Aristóteles. Es, pues, la Metafísica en el respetto indicado la Filosofía determinable, y no determinada aun por referencia precisa á objeto cognoscible concreto; y á virtud de este carácter cabe fijar su relación con las determinaciones interiores que en la Filosofía se producen, y reciben explicación las adjetivaciones diversas con que ha solido apellidársela. *Filosofía pura, Filosofía general, Filosofía teórica*, son sinónimos que, con más ó menos propiedad, se han aplicado á la Metafísica, y que envuelven todos ellos la idea de prioridad unitaria en que se cifra su distintivo.

Resultando la Metafísica, bajo el punto de vista lógico, como

la Filosofía en unidad y primera, no hay gran impropiedad tampoco en designar, en contrario, las determinaciones internas que en la Filosofía se dan con el nombre de Metafísicas de variedad y segundas, ó Metafísicas parciales y de objeto determinado, como *Metafísica del Espíritu*, *Metafísica de la Naturaleza*, *Metafísica de las costumbres*, y otras á este tenor que se han empleado con frecuencia por la especulación racional; mas, en estricto rigor lógico, no cabría identificarlas, ni tomar como equivalentes la Filosofía y Metafísica. La relación que entre ellas media es la del todo á la parte, la del género al individuo, la de continente á contenido. La Filosofía es el todo del conocer racional; un género del saber y la contingente del filosófico; la Metafísica es una parte, y la primera en formación temporal dentro de la Filosofía; es una individualidad filosófica contenida en la Filosofía como en el todo de su género. La afirmación que hoy suele hacerse por las escuelas de la experiencia de que la Filosofía en adelante se reducirá á la Metafísica, sólo es aceptable entendiéndola en sentido trópico, y á calidad, en tal caso, de considerar los saberes filosóficos como Metafísicas segundas ó determinaciones más concretas de la Metafísica propia. A entenderlo de otro modo, y significarse con ello que el conocimiento filosófico es solamente el resultado de generalizar la experiencia, habría que rechazar el aserto, comprobando nuevamente el derecho de la Filosofía á constituirse en saber con igual derecho que aquélla.

No será inútil advertir, aunque vuestra ilustración no lo requiera, que los nombres de Filosofía y Metafísica formados ocasionalmente con voces de la lengua griega, están lejos de responder en su sentido etimológico á la significación que se les da, así en el lenguaje ordinario como en el tecnicismo científico; pero como quiera; sin embargo, que tienen la sanción del uso para designar respectivamente el género del saber racional y la concreción primera de éste, pueden seguir siendo empleados con esta aplicación y sentido, sin que haya de preocuparnos gran cosa su derivación filológica.

Prosiguiendo en caracterizar la Metafísica por todos sus elementos lógicos, hallamos con relación á su fuente ó medio de conocimiento, que ha de ser esta la *Razón* como lo esencial de la inteligencia y como fuente común de todo el indagar filosófico. La Metafísica, en lo tanto, no se constituye con el sentido, sea éste interno ó externo, ni con el entendimiento meramente. Ni la observación más delicada y paciente, ni la generalización más comprensiva y extensa, ni la abstracción más alambicada y sutil son medios de conocer adecuados para procurar el contenido. La Metafísica en su filiación subjetiva y facultad informadora, es, y tiene

que ser por necesidad, puramente *racionalista*. El sensualismo y el intelectualismo no pueden, en rigor, constituirlos, y si en la historia del pensamiento aparecen formuladas por la mediación de estas fuentes construcciones que pasan por metafísicas, ó no merecen en realidad tal dictado, ó son obra de la razón en lo que de metafísicas tienen; y en cuanto á la oposición, por último, que la conciencia religiosa suele establecer á menudo entre la Razón y la Fe, entre el pensamiento racional y la revelación divina, no puede ser objeto de crítica ni de discusión meramente lógica, en el sentido en que cabe que lo sean los otros medios de conocer. La Filosofía se limita á consignar únicamente que entre la Razón Absoluta y la razón relativa no puede haber contradicción y sí subordinación tan sólo. La Razón es una y la misma antes de toda distinción entre infinita y finita, en absoluta y relativa, y en esta fundamental unidad encuentran su garantía y hallan su legitimidad las determinaciones finitas en que se manifiesta aquélla. Habrá, pues, una esfera *supra racional* para el hombre, pero no contradictoria con la de su razón finita.

Sirviéndose de la razón como medio, aspira la Metafísica á conocer en su objeto el *contenido esencial* y no su *hacer* meramente, que es lo peculiar de la Ciencia. Hasta dónde es esto asequible, tanto respecto de las cosas cuanto del alcance de la razón, lo hemos indicado ya antes al esclarecer lo que es la esencia y su relación con los fenómenos; y hasta dónde, por otro lado, podemos otorgar confianza al conocimiento de lo esencial habremos de verlo después, al ponernos, con el método, la cuestión de la verdad objetiva y la de su posesión con igual clase de certeza.

Constituida por la razón y referida á lo esencial de las cosas, la Metafísica integra su contenido por un conjunto de *ideas* ó conocimientos ideales sometidos á una sistematización conveniente. La Metafísica es, por tanto, *idealista*; y todas sus formulaciones, si han de responder á su concepto, serán necesariamente otros tantos *idealismos*. Pero no hay que confundir tampoco, sintiendo infundadas alarmas, el sentido en que aquí se emplea este término con los varios y confusos que suelen á menudo asignársele. La *idea* es sólo para nosotros el término de oposición al conocimiento sensible que tiene por materia los hechos, y en este respecto y sentido es como cabe decir que toda construcción metafísica ha de ser necesariamente una ordenación de ideas (lo que no debe confundirse con la llamada ideología ó teoría lógica del conocimiento ideal), como todo sistema científico será una ordenación de representaciones sensibles y todo sistema nomológico una composición de nociones ó conocimientos generales.

Considerando, pues, como *real* cuanto es, la realidad se parte

para el pensamiento en realidad ideal y realidad representable, cuyos respectivos trasuntos son en la esfera de aquél la idea y la percepción sensible, y se corresponden en las cosas con la esencia y con el hecho. De emplearse, en todo caso, los términos *real* y *realidad* para designar una sola esfera lógica y no este orden todo entero, sería más bien á la *idea* y lo *ideal* á lo que podrían ser aplicados, antes que al conocimiento sensible que sólo nos da las apariencias; mas repetimos que debe ser rehuído este sentido exclusivo, y reconocerse por *reales* la esencia tanto como el hecho, y la idea tanto como la representación sensible.

Resumiendo, según lo expuesto, las notas ó caracteres lógicos que han de distinguir á la Metafísica, hallamos que tiene su fuente en la razón, conoce lo esencial en las cosas y formula su conocimiento en ideas. Todo sistema metafísico habrá de ser, por lo tanto, para responder á su nombre, *racionalista* en su origen, *nouménico* en sus resultados é *idealista* en su conocimiento integrante.

Del olvido de estos caracteres y de la tergiversación de los fines que debe cumplir la Metafísica han nacido principalmente los reproches y censuras que le han sido dirigidas. Dejándose influir unas veces por la imaginación estética, abdicando su independencia otras en altares que no eran los suyos, y propasándose algunas á ponerse cuestiones de hecho, ha revestido en ocasiones el carácter de una concepción genial antes que el de una especulación reflexiva; se ha convertido otras en vestidura formal de enseñanzas y disciplinas extrañas, y ha querido también constituirse en experiencia ultra-terrena, pretendiendo penetrar las oscuridades del sepulcro y fantasear nuevas condiciones de vida. La Metafísica circumspecta é independiente al propio tiempo, ha de rehuir aventuras tanto como rechazar imposiciones. Sin mirar despreciativamente los hechos, como alguna vez se ha permitido, no tiene por misión tampoco la de precisar su producción y menos todavía fuera de la experiencia terrena. Para responder á su fin, basta con que los interprete idealmente, descansando con *fe racional* en su realización futura.

Determinado el lugar que la Metafísica ocupa en el conocer filosófico, ofrécese luego la cuestión de su caracterización ontológica, asignándola el *objeto* á cuyo conocimiento ha de aspirar.

¿Cuál es el de la Metafísica? He aquí la pregunta que necesariamente nos llama, si no ha de quedar reducida á mero pensar subjetivo, y si han de rectificarse en este punto las vacilaciones y dudas en que ha incurrido el pensamiento, ofreciendo coyuntura al conocer experimental para dirigirla por ello inculpaciones y censuras.

V

Asentada la posibilidad de conocer lo esencial por medio de la razón y determinadas por el método las condiciones y forma en que debe ser tal conocimiento ordenado para constituir un todo orgánico con garantías de verdad y seguridades de certeza, resulta demostrado, á nuestro juicio, que puede reunir la Metafísica, como conocimiento primero de la realidad esencial, los requisitos necesarios para erigirse en saber tan sustantivo y legítimo como el que se atribuye la experiencia.

Que los sistemas metafísicos que han aparecido en la historia no llenen estos requisitos, en nada depone esto contra la Metafísica misma. Tiene ésta también su ideal al que tratan de aproximarse aquéllos, como lo ejecutan en su esfera las sistemáticas científicas, y si no puede alcanzarla ninguno, por la ley de su naturaleza misma, llenan todos en cambio, aun los que más descaaminados parecen, una función indispensable en la vida del pensamiento. Los sistemas metafísicos se sirven de contraprueba unos á otros, y á no aparecer formulados con aspiración á la verdad y con el calor de la convicción personal, habría que ponerlos como hipótesis y tanteos para que recorriera el pensamiento todas las direcciones posibles en la solución del problema que la Metafísica envuelve. Y como su progreso, además, no se hace con necesidad lógica ni consiste en acumulación de datos, cual sucede con la experiencia, sino que se verifica con libertad intelectual, y por consiguiente, con posibilidad de error, y estriba principalmente en plantear cada vez mejor el problema de la realidad, dado constantemente ante los ojos del espíritu para encontrarle á cada esfuerzo una explicación más comprensiva y una interpretación más amplia, las derivaciones y extravíos que haya podido sufrir la Metafísica en sus formulaciones históricas, no invalidan en modo alguno la legitimidad de su existencia, ni envuelven necesariamente la renuncia á toda conquista.

Así que, sin abrigar, por ningún concepto, la pretensión contradictoria de llegar á la *Ciencia Absoluta* resolviendo definitivamente el problema de la realidad esencial, pero sin desistir tampoco de conocer parte de lo Absoluto, levantando una punta siquiera de su misteriosa envoltura la fórmula que Mr. Ribot propone para apreciar el valor en relación que cabe conceder á un sistema, podría ser modificada y hecha extensiva á la experiencia enunciándola de este modo:

¿Una doctrina filosófica está conforme consigo misma á partir de base segura y bajo unidad de *Principio*? Pues debe de estarlo

con los hechos, que no son otra cosa que la concreción de las ideas. ¿Qué sistema científico traduce este sistema filosófico, sirviéndole como de verificación total?

No es, pues, la Metafísica, como dice Mr. Lewes de la de su compatriota Ferrier, «obelisco solitario en inmensa y desnuda llanura»; sino, como corrige Mr. Penjon, su verdadero parecido es «con esas neveras de los Alpes que, siendo estériles en sí mismas y de cercanías inhabitables para el hombre, dan origen, no obstante, á los abundosos raudales que van á fertilizar á lo lejos los valles y las llanuras cultivadas».

Exponer, siquiera fuese brevemente, de qué modo se verifica esta fecundación ideal; mostrar cómo la Metafísica infiltra y transmite su espíritu en todos los saberes humanos, aun los que más parecen distar de ella, sería asunto que nos llevaría demasiado lejos y que no cabe en nuestro plan; mas, si las condiciones que se dejan indicadas para su constitución orgánica se refieren en primer término á la forma y caracteres lógicos de que ha de aparecer investida, acusan ya de un modo explícito las relaciones que mantiene con el resto del conocer; la concepción ontológica á que debe conducir en el racionalismo armónico; y las consecuencias de vida que en esta concepción se entrañan.

Entrevése con claridad que la Metafísica, tal como la dejamos delineada, trasciende al conocer todo entero fijando su determinación objetiva, fundando su contenido doctrinal, y estableciendo la norma para la constitución lógica de todo conocer particular. Es así saber fundamental y primero como quiera que se la mire, y presta condiciones y medios para dotar de igual carácter á toda determinación concreta que en el conocer se produzca.

Ontológicamente, el racionalismo armónico conduce á una concepción en que, reconociéndose la unidad y la dualidad de substancia, se resuelve en compuesto armónico la oposición y contradicción de los términos duales, evitando por igual los escollos de las concepciones monísticas, innominadas ó concretas, idealistas ó materialistas, así como las del dualismo abstracto; y en orden á consecuencias prácticas, consagrado, como lo hace, la realidad substancial del SER ABSOLUTO-INFINITO como de *conciencia personal y Providencia sobre el Mundo*; consagrando, igualmente, la *Substancialidad permanente de la personalidad finita humana* y la continuidad de su vida, y aplicando á toda determinación de ésta el criterio de armonía que constantemente le informa, da base de solución para la de las dos grandes cuestiones, alrededor de las cuales gira todo el interés práctico que la Filosofía envuelve: *la existencia de Dios y la inmortalidad del alma*, como el sentido

común las nombra. El monismo en sus varios aspectos, igualmente que el dualismo, no satisfacen con las suyas las aspiraciones del espíritu, que se revela y protesta contra el anonadamiento inevitable á que le condena el primero, quitando toda razón de ser á nuestra existencia presente, y no se aviene tampoco con el incomprendible divorcio en que le coloca el segundo, privando á la existencia actual de toda finalidad propia y haciendo de ella un mero tránsito. El ontologismo armónico reconoce íntegramente la continuidad de la vida en el individuo humano; pero prudente al mismo tiempo en sus asertos y manteniéndose en su esfera, se guarda, como Platón, de fantasear formas sensibles, y se limita á consignar solamente la *posibilidad racional* de aquella continuidad, como fundamento de su *fe* en determinaciones futuras, y criterio de conducta para la dirección de la presente. Pero no cabe, repito, que entremos en este terreno, ni podríamos hacerlo sin desenvolver enteramente el contenido doctrinal de la Metafísica misma.

Con la indicación de su legitimidad y la determinación de su función y carácter en el organismo de los saberes humanos, he dado fin á mi tarea, y llegado, ILMO. SEÑOR, al término que me había propuesto. Por lo disputado de la cuestión y lo abstruso de la materia, podeis juzgar ahora cuán justos eran los recelos que me asaltaban al principio, y como debo temer también haber, quizá, perjudicado con mi desaliñada palabra la causa misma que he intentado defender.

Empero, lo que quiera,—y desde luego ha de ser bien poco—que pueda valer aquélla á vuestros ojos, no necesitábais, seguramente, de ella para abrigar la convicción de la legitimidad que asiste, y de la importancia que alcanza la FILOSOFÍA PRIMERA. El apego exclusivo á la observación de los hechos, y el menosprecio desdeñoso hacia todo lo ideal, no pueden caber en quienes, como vosotros, poseen un levantado espíritu, y no reducen sólo la vida á las contingencias de lo terreno y á las impresiones de los sentidos; y si la inclinación preferente hacia las indagaciones de experiencia ó hacia las especulaciones ideales es, á veces, consecuencia inevitable del temperamento psíquico, y conviene que se produzca para la especialización del saber, según la ley de división del trabajo, el exclusivismo en cualquier sentido acusaría pequeñez de espíritu, y una como mutilación intelectual. La medianía y la impotencia del alma lo mismo se revelan, dice un escritor, por el desprecio de la Metafísica, que por su empleo abusivo. Por eso nosotros, reclamando para ella el lugar que la corresponde de derecho, hemos cuidado al mismo tiempo de quitar todo pretexto para que se la tache de absorbente y se la moteje de exclusiva.

Y no hay que olvidarse tampoco de las dificultades que entraña y de los esfuerzos que exige la especulación ideal: la máxima de *quod non intelligo nego* podrá ser muy cómoda para evitarse el trabajo de pensar, pero ni es saber la Filosofía que se adquiera graciosamente, ni deja de existir tampoco porque plazca así á ciertos espíritus, que suelen, después de enlodarla, venir á suplicar sus favores. Ni aun los extravíos ni errores en que haya podido incurrir al concretarse en los sistemas, dicen nada contra su derecho á vivir; y aun cuando el espíritu humano pueda sufrir ofuscaciones y experimentar desmayos, que se traducen por indiferencia excéptica ó por convencionales silencios, rehace bien pronto sus fuerzas y emprende nuevamente su obra, bien lanzándose atrevidamente á idear nuevas construcciones con autoritario dogmatismo, bien obrando con más cautela y deteniéndose primero á probar en una investigación *crítica* el temple y alcance de sus armas.

Y tal parece ser al presente la nota lógica dominante en el pensamiento filosófico, y la necesidad de aquí, que muchos pensadores proclaman, de retroceder al pensamiento de Kant; mas si cabe admitir tal estado como punto de partida para una evolución más amplia, no puede, en manera alguna, aceptársele como situación definitiva á que haya de resignarse el espíritu, haciendo caso omiso de toda concepción ontológica, en conformidad con la cual deba ser dirigida la vida. Aun cuando hubiera que desistir, efectivamente, de hallar solución adecuada al problema de la *razón pura*, no excusaría esto de tener que procurársela á los que ofrece la *razón práctica*. La vida corre sin espera y sin aguardar al pensamiento, y si no puede éste ofrecerle una norma y regla de acción, irá á buscarla aquella en otras fuentes y orígenes, quedando reducida entonces la Filosofía á vano discurrir teórico sin aplicación de realidad. Por eso no cabe tampoco, en el orden ontológico, envolverse en vaguedades, ni convenir en eliminaciones, que dejarían incompleto el conocimiento de aquella. Espiritualismo ó materialismo exclusivos; ontologismo dualista ú ontologismo armónico; panteísmo indiferentista; deísmo abstracto y dualista, ó teísmo providencial, tales son las soluciones posibles, y en alguna de las cuales hay por necesidad que afiliarse, aceptando su intervención y sentido para la dirección de la vida.

El armonismo metafísico opta sin vacilar por las últimas; acepta el estado de crisis y de suspensión de juicio como inicial y de partida para la organización del conocer por el pensamiento reflexivo, admitiendo como posible la consecución de la verdad con certeza; y llenando, según su criterio, la función que le corresponde en la vida intelectual, trae á construcción sistemática los elementos que van aportando de su lado los sistemas exclusivos,

necesarios como el armónico para la perfección y progreso de la especulación filosófica.

Cualquiera, pues, que pueda ser el sentido con que se cultive la Metafísica, y sin que esto signifique indiferentismo excéptico ni acomodaticio eclecticismo, sino solamente respecto á la independencia del espíritu y sumisión á sus leyes, tendreis seguramente todos la convicción de su importancia y del derecho que la asiste para merecer un lugar en la enseñanza universitaria. Pensareis en este punto con el apóstol hegeliano en los pueblos occidentales, que

Esta convicción vuestra y la sanción legal que la Metafísica tiene, me bastan para estar tranquilo sobre la legitimidad de mi asignatura, y sobre su necesidad en los estudios académicos. ¡Ojalá pudiera decir lo mismo de mi aptitud para enseñarla y de mi sentido doctrinal!; mas respecto á lo primero, no me es dado alegar otros títulos que los que la ley me ha otorgado para ocupar esta cátedra, que han ilustrado antes de venir yo á ella distinguidísimos profesores, cuyos pasos sólo puedo seguir de muy lejos; y en punto á lo segundo, me resguarda únicamente la sinceridad de mis convicciones, las cuales, sin embargo, no he tratado jamás de imponer. La tolerancia que para mí pensar reclamo, es también la que me sirve de norma en mis relaciones docentes; y entendiendo como Kant «que no se puede, en rigor, enseñar la filosofía sino á *filosofar* solamente», esto y no otra cosa he procurado hacer con mis alumnos. Interrogadlos, si gustais, y os darán testimonio de ello.. . . .

Una palabra más aun. Antes de abandonar este sitio que, por el orden natural de las cosas, no he de volver á ocupar probablemente, permitidme un desahogo del alma, que me es exclusivamente personal. Tengo una deuda de gratitud que pagar, y no he de dejar de hacerlo en ocasión como ésta: que si en los espíritus estrechos y en los corazones mezquinos es el agradecimiento pesadumbre insoportable y mortificante recuerdo, que se esconde avergonzado de las miradas ajenas, en los corazones sentidos y en las almas nobles y leales, es efusión que se desborda, y que con más satisfacción brota cuando la coyuntura es más pública y más solemne la ocasión.

En ese sillón presidencial, y ocupándole hace ya largos años con honra de la Universidad y provecho de la enseñanza, está el único de mis maestros de quienes recibí en esta Escuela mi educación profesional. Unido hoy además á él, en el círculo de mis funciones públicas, con los vínculos de un compañerismo afectuo-

so, después de haberlo estado antes, en la esfera administrativa, por los de una subordinación considerada de su parte, y de habernos ligado siempre, en el terreno de las afecciones privadas, los lazos de un cariño poco menos que filial de la mía, tengo á satisfacción y á orgullo proclamarlo así en alta voz desde esta respetuosa tribuna, para que el recuerdo de mi afecto y gratitud vaya unido al de una gestión, que la historia de nuestra Universidad ha de consignar en sus páginas como de las más acertadas, beneficiosas y fecundas.

HE DICHO



61615292x

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA



6406960358



